

ARGUMENTOS PARA UN ESCRITOR

Rizal escribió poesía, teatro, narrativa, ensayos políticos, estudios científicos, artículos periodísticos, cuentos infantiles... En esos variados géneros, entre los fervores patrióticos de sus primeras obras, la reclamación de reformas y el viraje anticolonial, muchos fueron los argumentos del Rizal escritor.

En la centralidad de su análisis estuvo siempre la sociedad filipina. El interés por su pasado, su situación presente y sus caracteres definitorios. Sus deseos por mejorarla, por regenerarla, incluso, por corregir sus defectos y dignificar su condición. La vindicación del ser filipino. La lucha por un futuro mejor.

Junto a ello, dedicó muchas páginas a la reflexión sobre el marco colonial y las relaciones entre filipinos y peninsulares. Y en directa relación con ello, la insistencia en la necesidad de mayores reformas, el progresivo desencanto al ver que sus reclamaciones no se escuchaban y, ante tal situación, la recomendación de prepararse para un futuro autogobierno.

Y luego, en múltiples intereses de un ilustrado curioso e inquisitivo le llevaron a explorar desde los poemas más tiernos y los diarios intimistas, a ensayos sobre la conchología y estudios médicos, pasando por importantes novelas costumbristas y renombrados escritos políticos.

La necesidad de reformar: *Noli me tangere*

La primera novela de Rizal, *Noli me tangere*, escrita en español, fue publicada en Berlín en 1886 y tuvo una tirada inicial de dos mil ejemplares. Seguía el estilo de otras obras costumbristas europeas de aquella época y está considerada como la primera novela realista de la literatura filipina. Supuso un hito político e intelectual porque hasta entonces ningún autor – y menos uno filipino – había analizado de tal manera la vida en Filipinas y los efectos del régimen colonial en la sociedad de las islas.

En la novela, Crisóstomo Ibarra, el personaje principal, un ilustrado filipino, descendiente de peninsulares, vuelve a Filipinas después de una larga estancia en Europa – siete años de estudios en Alemania –, dispuesto a abrir un colegio en el que instruir a las nuevas generaciones, y a casarse con su amor de juventud. Sus propósitos se ven frustrados por diversas vicisitudes que Rizal aprovecha para presentar los distintos retratos de los frailes. A través de los diálogos de los distintos personajes, el autor plantea diferentes vías para conseguir la regeneración política y social, inclinándose en el discurso final por el camino de la reforma y la educación.

A pesar de que la novela no rechazaba la relación con España, sino que defendía simplemente una política reformista, condenando la revolución armada, fue recibida con hostilidad por distintos círculos de la colonia y tildada de subversiva por las

órdenes religiosas. La situación llegó a ponerse tan tensa que Rizal, para garantizar su seguridad y la de su familia, decidió alejarse de Filipinas y emprender un largo periplo que, durante cuatro años, entre 1888 y 1891, le llevó a Hong Kong, Japón, Estados Unidos, Gran Bretaña, España, Francia, Bélgica. En ese tiempo no dejó de tomar notas, publicar ensayos y mantener su epistolario.

Entorno literario

José Rizal fue un lector constante y apasionado que, a pesar de su vida errante, llegó a reunir una biblioteca personal de más de dos mil volúmenes.

Sus referencias literarias fueron muy variadas. Además de numerosos libros de historia, de geografía, de medicina, de ciencias naturales o de etnografía, Rizal leyó desde las obras clásicas de Cicerón, a los mejores ejemplos del realismo y del romanticismo imperante en Europa. Voltaire, Zola, Dumas, Hugo, Balzac, Flaubert, Maupassant, Dickens, Byron, Schiller o Heine estuvieron entre sus escritores favoritos.

De los autores españoles admiró especialmente a Cervantes y, entre los escritores del XIX, a Benito Pérez Galdós y a Mariano José de Larra.

Otros autores filipinos le acompañaron en su viaje literario. Entre ellos Pedro Paterno, Trinidad Pardo de Tavera o Isabelo de los Reyes, que abordaron estudios paralelos sobre la sociedad y costumbres filipinas; o Marcelo Hilario del Pino, Graciano López Jaena y Mariano Ponce, que fueron sus compañeros de escritos políticos.

En la obra de Rizal resulta patente la influencia de obras de autores como *El conde de Montecristo* de Alejandro Dumas, *Bug-jarjal* de Víctor Hugo, *Doña Perfecta* de Benito Pérez Galdós, *El judío errante* de Eugène Sue, *La cabaña del tío Tom* de Harriet Beecher Stowe, o *Las ruinas de Palmira* del conde de Volney.

Escritos políticos

En los años 1880, los progresistas filipinos consideraron que debían llevar a la Península sus reclamaciones de mayor libertad, igualdad con los peninsulares, ampliación de sus derechos y representación en Cortes. Era necesario que en los núcleos de decisión política se conociera mejor el verdadero estado de Filipinas y las aspiraciones de sus habitantes. A fin de difundir sus ideales, potenciar una política reformista, y ganar apoyos para su causa crearon movimientos políticos, como la “Propaganda” o la “Asociación Hispano-Filipina”, y órganos de expresión, como el periódico *La Solidaridad*.

La Solidaridad, una publicación fundada en España en 1889, y dirigida por Marcelo H. del Pilar, Graciano López Jaena y Mariano Ponce, contó con la destacada

colaboración de José Rizal que publicó en ella muchos de sus más importantes escritos políticos. Entre ellos, “Carta a las mujeres Malolos” (1889), destinada a un grupo de jóvenes de este pueblo de la provincia de Bulacán que pretendían abrir una escuela nocturna para aprender castellano; “Sobre la indolencia de los filipinos” (1890), donde rechazaba la visión de algunos escritores españoles sobre la holgazanería de los filipinos y defendía sus logros y capacidades; o “Filipinas dentro de cien años” (1890), que analizaba la realidad política de Filipinas en aquel momento e intentaba vislumbrar su futuro.

El viraje anticolonial: el filibusterismo

En 1891 José Rizal publicó en Gante su segunda novela, *El filibusterismo*. Era una continuación de *Noli me tangere*, ambientada trece años después de los acontecimientos descritos en aquella y de carácter mucho más sombrío.

En ella, Crisóstomo Ibarra vuelve a Filipinas haciéndose pasar por el joyero Simoun, un personaje misterioso con sed de venganza que ha amasado una fortuna en Cuba. Desengañado de sus anteriores quimeras reformistas y asimilacionistas, y sintiéndose víctima de una persecución injusta, se ha transformado en un revolucionario que solo quiere fomentar una insurrección destinada a acabar con el poder colonial español. Sin embargo, Rizal no deja que su personaje lleve a término su proyecto y opta por hacerlo fracasar de nuevo. Refugiado en las montañas, en casa de un fraile indígena, el padre Florentino, Ibarra se pregunta el porqué de sus fracasos, que el religioso cifra en que el cambio social debe tener sus orígenes en las más puras intenciones, y no en la violencia.

Después de escribir *El filibusterismo*, Rizal decidió regresar a Filipinas. Convencido ya de que el gobierno español no concedería todas las reformas deseadas, pretendía contribuir a preparar al pueblo filipino para el autogobierno y la independencia. No obstante, Rizal preconizaba todavía que ese camino debía hacerse de manera pacífica, evitando cualquier acción violenta. Con tal objetivo, en junio de 1892, volvió a Manila. Nada más llegar fundó la Liga Filipina, un movimiento político para promover sus ideales. El gobernador general, sabiendo de sus propósitos y temeroso de la influencia que pudiera tener entre sus conciudadanos, le detuvo y le exilió en el sur del archipiélago, en Dapitán, en la isla de Mindanao, donde vivió cuatro años, de junio de 1892 a junio de 1896.

Y sin embargo, escritor

Y sin embargo, frente a su intensa lucha política, reflejada a través de escritos de distinta naturaleza, en Rizal vivió siempre un escritor que necesitaba expresarse con la pluma.

Junto a sus novelas y sus artículos políticos, se conserva una amplísima correspondencia, reunida en varios volúmenes, y dirigida a sus familia, a sus amigos

de la “Propaganda” y a otras muchas personas. También ensayos de muy variado tipo, pequeñas obras de teatro de su primera época, y una constante dedicación a la poesía que nunca abandonó.

Rizal comenzó a escribir versos en fecha muy temprana. Primero fueron pequeños poemas escolares que trabajaba con esmero y presentaba luego a certámenes literarios. Estaban dedicados a su entorno más inmediato (“Sa Aking Mga Kabata: Para mis compañeros niños” o “A la juventud filipina”); o a expresar los sentimientos religiosos de aquellos años (“A la virgen de Antípolo”). Compuso también algún poema de amor, no muchos, como el “Adiós a Leonor”, escrito en 1882, al partir de Filipinas por primera vez; o tiempo después, “A Josefina”, versos dirigidos en 1895 a la mujer que le acompañó en sus años finales, Josephine Bracken. En los años que pasó en España, sus compatriotas, que sabían de su renombre y calidad como poeta, le animaron a que siguiera escribiendo. De ahí nació el poema “Me piden versos”, 1882, o uno de los más bellos, pleno de nostalgia a su patria, “A las flores de Heidelberg”, compuesto en Alemania en 1886. En su madurez, exiliado en Dapitán, la poesía continuó acompañándolo. De esos años 1890 son el triste lamento “El canto del viajero”, o “Mi retiro”, dedicado a su madre. Pero el más conocido y apreciado de los poemas de José Rizal fue el último que escribió, relacionado ya, como veremos, con la época de la revolución.